

SALIR DEL *DIFUSIONISMO*

FRIDA GORBACH*

Universidad Autónoma Metropolitana · Xochimilco · México D. F.

*frida.gorbach@gmail.com

Artículo de reflexión recibido: 7 de diciembre de 2012 · aprobado: 23 de marzo de 2013

RESUMEN

Este texto emergió a partir de mi proyecto historiográfico sobre la histeria en México, según la concebían los médicos de ese país en el último tercio del siglo XIX. La pregunta por la particularidad de ese discurso desató, a la vez, otras cuestiones relacionadas con la ciencia, la disciplina histórica, así como con la construcción de la nación mexicana y su vínculo con Europa. La reflexión alrededor de esos conceptos era necesaria antes de poder enunciar “la histeria en México”. Sin embargo, a medida que se avanzó en la escritura, comprendí como, sin quererlo, estaba repitiendo las principales líneas del *difusionismo* como modelo de explicación. Lo anterior se transformó en una necesidad, no tanto de buscar una salida al difusionismo como de mostrar lo difícil que es salir de los marcos de una historia universal, que prefiguran el lugar periférico de la histeria en México.

Palabras clave: *difusionismo, Europa, histeria, médicos, México.*

ABANDONING *DIFFUSIONISM*

ABSTRACT

This text is the result of my historiographical project on hysteria in Mexico as conceived by physicians in that country during the last quarter of the 19th century. The question regarding the particularity of that discourse triggered other questions related to science, the discipline of history, and the construction of the Mexican nation and its links to Europe. A reflection on those concepts was necessary in order to speak about “hysteria in Mexico”. However, as my writing advanced, I realized that I was unwillingly repeating the main ideas of *diffusionism* as an explanatory model. This realization led to the need not so much of seeking a way out of *diffusionism*, but of showing how difficult it is to break out of the framework of a universal history that prefigures the peripheral location of hysteria in Mexico.

Keywords: *diffusionism, Europe, hysteria, physicians, Mexico.*

SAIR DO *DIFUSIONISMO*

RESUMO

Este texto surgiu a partir do meu projeto historiográfico sobre a histeria no México, segundo a concebiam os médicos desse país no último terço do século XIX. A pergunta pela particularidade desse discurso desatou, ao mesmo tempo, outras questões relacionadas com a ciência, a disciplina da história, bem como com a construção da nação mexicana e sua ligação com a Europa. A reflexão em torno desses conceitos era necessária antes de poder enunciar “a histeria no México”. No entanto, à medida que se avançou na escritura, compreendi como, sem querer, estavam sendo repetidas as principais linhas do *difusionismo* como modelo de explicação. Isso se transformou em uma necessidade, não tanto de procurar uma saída ao *difusionismo*, mas de mostrar o difícil que é sair das estruturas de uma história universal, que prefiguram o lugar periférico da histeria no México.

Palavras-chave: *difusionismo, Europa, histeria, médicos, México.*

“LA HISTERIA EN MÉXICO”

La idea de este texto surgió de la imagen que se formó en el momento en que escribí *La historia en México*, el título tentativo de un proyecto sobre el siglo XIX. Esa imagen era muy parecida a aquella que Ilza Veith presenta en *The History of a Disease* (1965), la primera historia reciente sobre la historia. La historia, dice allí, es como un “glóbulo de mercurio” que cambia según las épocas, que va adoptando distintas formas y diversos colores, de acuerdo con el ambiente cultural en que se presenta¹. Las formas dependen, así, de quién habla y en qué lugar: Aristóteles o Charcot, Charcot o los médicos mexicanos de finales del siglo XIX. El caso es que esa imagen me planteó, de entrada, un interrogante por la particularidad del discurso sobre la historia en México, por aquello que ese discurso tiene de singular, por lo que le pertenece exclusivamente y lo hace diferente a otros (Cfr. Gorbach 2007, 2008).

Después, la pregunta por la particularidad de la historia en México me condujo a otra por la ciencia y la historia, disciplinas que convencionalmente son definidas en función de su objeto de estudio: una como el saber más universal en cuanto busca leyes generales y la otra como “la ciencia” de lo particular y del acontecimiento. Por un lado, la particularidad me llevó a la ciencia porque esta constituye uno de los marcos de referencia posibles para estudiar un tema como el de la historia; y, por el otro, me llevó a la historia porque lo que me interesa es la forma como dicha enfermedad fue concebida en el pasado. A lo que quiero llegar es a la idea de que el mero ejercicio de especificación que el título *La historia en México* conlleva, pone en duda la supuesta universalidad de la ciencia, así como la paradójica apuesta por la singularidad de la “ciencia” de la historia. Digamos que el enunciado “la historia en México” abre una interrogante por el conocimiento científico e histórico y plantea, además, una pregunta por la “nación”, ya que la particularidad obliga a considerar la idea misma de “México” en su relación con Europa.

Todo eso desató la imagen, caóticamente. Pero después, al empezar a escribir, caí en la cuenta de que “la historia en México” suponía que

1 Esa imagen que cambia, pero que sigue siendo una, es retomada por distintas historias generales de la historia. Véase, entre otros, Chauvelot (2001) y Scull (2009).

esa enfermedad provenía de otro lugar y que en México había tomado una forma específica. Ese título me indicaba, por tanto, que había otra histeria, una que no requería de especificación porque apelaba a lo universal, y que seguramente se refería a la histeria inglesa o francesa. Y afirmo esto último pensando en la primera frase de uno de los libros más emblemáticos sobre el tema, *L'invention de l'hysterie* de Georges Didi-Huberman (1982), y la impresión de que al nombrar la *Salpêtrière*, el autor supone que todos sabemos que, en ese hospital francés, Charcot inventó la histeria. Me parece que lo que se desprende de esto es que la historia de Francia es la referencia a partir de la cual puede escribirse cualquier historia de la histeria, como si Occidente se hubiera construido exclusivamente dentro de esas fronteras geográficas. Incluso, aquellos estudios que en años recientes han puesto en duda la condición universal de la histeria, terminan también defendiendo la idea de que esta constituye una entidad patológica que puede surgir en cualquier época y en cualquier parte del mundo. Hay pues una tendencia general hacia el supuesto de la universalidad, como en el libro *Mad, Men and Medusas. Reclaiming Hysteria* (2000), donde Juliett Mitchell reconoce en esa enfermedad un fenómeno universal, y ello aunque en el siglo xx la histeria haya desaparecido como diagnóstico médico. Esta autora observa, incluso, cómo, más allá de pensar la modernidad y sus efectos, en la costa de Kenya las mujeres sufren de *saka*, una enfermedad con convulsiones, sensaciones de sofocación, pérdida de conciencia, parálisis parciales de manos y piernas, ataques de ansiedad y de volubilidad emocional y, en general, movimientos muy parecidos a los que el señor P. Régnard fotografió en la *Salpêtrière*, el manicomio donde Charcot inventó la histeria. Esa misma apuesta por la universalidad conduce al historiador Andrew Scull a escribir una biografía de la histeria en la que, más allá de las formas cambiantes que le reconoce, termina haciendo de ella un objeto único de una historia lineal (2009).

Quiero llegar con todo esto, de nuevo, a la cuestión de la particularidad. Y es que, me parece, hay un punto en el que la consideración universal de la histeria vuelve impensable “la histeria en México”. Lo digo porque en esa historia que tiende a lo universal, la particularidad solo puede definirse en relación a esa unidad. Lo que significa también que la cuestión de la particularidad/universalidad está estrechamente ligada a otra que tiene que ver con la dicotomía centro/periferia, pues

la universalidad, para constituirse como tal, necesita determinar un centro en función del cual el resto se afirme como periferia. Dicho de otro modo: si la histeria en México se define en función de un parámetro de análisis universal, lo propio de ese discurso tendría que medirse en relación con la cercanía o la distancia al centro; es decir, tendría que pensarse en función de la distancia que separa el caso mexicano del eje geográfico con el que se construye la narrativa moderna de la enfermedad: Inglaterra-Francia-Austria-Alemania (Sydenham, Charcot, Freud). En resumen, la imagen del “glóbulo de mercurio” pone a México en un lugar donde la historia de la histeria no sería más que la repetición, a escala menor, de las líneas de ese discurso “universal”, “originario” y “europeo”, mientras el historiador se dedica a recopilar las supuestas contribuciones de los médicos mexicanos a ese conocimiento universal.

Ya sé que todo esto no es nuevo. El problema de la relación centro-periferia ha sido debatido en América Latina durante años, sobre todo después de los años setenta y las teorías de la dependencia. Reconozco, incluso, que las mismas historiografías centrales están hoy comprometidas con el pensamiento situado, incompatible en términos generales con la idea de universalidad. El problema, me parece, es que no basta con compartir esa necesidad crítica para empezar a escribir de otro modo, desde un lugar de diferencia con la historia europea. Al menos eso me pasa a mí, que tiendo a asociar casi naturalmente particularidad y periferia como si en mi cabeza tuviera incrustada cierta idea de universalidad y no supiera cómo despojarme de ella. Me sucede cuando escribo el título del proyecto o cuando el archivo me pone enfrente un puñado de estudios publicados en las revistas científicas de la época y unas cuantas tesis de grado de la Escuela Nacional de Medicina: nada comparable a Europa². Me sucede que con ese puñado de estudios, las

2 Me refiero a las tesis de grado localizadas en la Biblioteca Histórica de la Facultad de Medicina, UNAM, y a una serie de estudios publicados principalmente en *La Gaceta Médica de México* (GMM), órgano de la Academia Nacional de Medicina de México, la institución médica más importante de la época; y también en *Crónica Médica Mexicana*, Revista de Medicina, Cirugía y Terapéutica, Órgano del Cuerpo Médico Mexicano, 1897-1906; la *Escuela Nacional de Medicina*, periódico de dicha escuela fundado en 1879; y *El Observador Médico*, Revista Científica de la Asociación Médica Pedro Escobedo (1869-1871).

obras de Philippe Pinel (1800), de J. E. D. Esquirol (1838) o de Jean-Martin Charcot (1888) adquieren un tamaño tan descomunal que inclusive llegan a poner en duda la posibilidad misma de un discurso sobre la histeria en México. Y al final no hago más que reafirmar esa posición periférica, al comprobar que los estudios clínicos y las tesis de grado de los médicos mexicanos no equivalen, todos juntos, a uno solo de los tratados que sobre el tema se publicaron en Europa durante el siglo XIX, “el siglo de oro de la histeria”.

Me doy cuenta de lo difícil que es dejar el lugar de la minoridad, que lo más fácil es seguir aportando datos que abonen la asociación entre particularidad y periferia y hablar, por ejemplo, de cómo la histeria fue en México un tema menor, de cómo casi ningún médico escribió más de dos artículos al respecto, de cómo a esos médicos esa enfermedad les representaba solo uno más de sus muchos intereses clínicos³. Agregaría a esta lista el hecho de que la historiografía de la locura en México, a diferencia de la europea y la norteamericana, donde recientemente han proliferado los estudios sobre la histeria⁴, únicamente la menciona cuando aparece en los registros del archivo de La Castañeda, el manicomio que Porfirio Díaz inauguró en 1910 y que hoy es su objeto de estudio, casi exclusivo⁵.

El caso es que, por donde se le vea, la histeria en México aparece como un caso menor, que además vino de fuera. De hecho, así la pre-

3 Al parecer, en México no se escribió ningún tratado sobre la histeria y ningún médico, prácticamente, hizo de esa enfermedad un tema constante de reflexión a lo largo de su trayectoria. Digamos que la histeria formaba parte de un interés general por la clínica. Por ejemplo, Demetrio Mejía (m. 1913) escribía sobre histeria pero también sobre fracturas y traumatismos, fiebre amarilla y tuberculosis, enfermedades del corazón y estadística. Porfirio Parra (1854-1912), por su parte, se valía de la histeria para ilustrar temas de patología de la locura o medicina legal, sus verdaderos temas de interés. Véanse estudios clínicos de esos dos médicos publicados en la *GMM*, entre 1864 y 1915.

4 El tema de la histeria se ha abordado desde muchas perspectivas, desde la historia de la medicina y la ciencia, los estudios de género, la investigación psicoanalítica, la literatura y los estudios de arte. Algunas publicaciones importantes, además de las ya citadas, son las siguientes: Gilman, et ál. (1993), Matlock (1993), Beizer (1994), Lomas (2000).

5 En México existen trabajos relacionados sobre todo con la conformación de la institución psiquiátrica. Véase al respecto Sacristán (1998, 2001), López Sánchez (1998) y Mancilla Villa (2001).

sentan los mismos médicos: para ellos la histeria llegó a México junto con los planteamientos de Pinel, Esquirol y Charcot sobre la locura, de la mano con la fisiología moderna, la embriología, las doctrinas de la transformación y evolución de las especies, y los postulados de la antropología italiana. Así, la histeria llegó gracias al esfuerzo que ellos mismos hicieron por traerla, darla a conocer entre colegas e imponerla como diagnóstico. Tal como ellos lo hacían, yo misma sucumbo al impulso de presentarla de ese modo: “la histeria, una enfermedad de moda en Europa, llegó a México convertida en un objeto científico de estudio en los finales del siglo XIX” (Cfr. Gorbach, 2005). Como si esta enfermedad llegara de fuera y hubiese aterrizado en una superficie vacía, estoy atrapada también en esa imagen inaugural que cuenta cómo un buen día, así nomás, la histeria llegó a México y los médicos mexicanos se aprestaron a recibirla. Total, que si en este momento me pusiera a contar esa historia terminaría narrando, a la manera de Porfirio Parra, uno de los médicos más versátiles de la época, cómo la histeria y las demás doctrinas europeas se “aclimataron” en México, cómo ellas “penetraron, se extendieron y multiplicaron en tal o cual nación, conforme al carácter, a la iniciativa, a las aptitudes y a la inteligencia que son peculiares a sus pobladores” (1886, 14).

Por más que quiera escapar a ese discurso universalizador, algo aparece que impide un pensamiento sobre la particularidad. Y eso es lo que me pregunto aquí: ¿de qué formas, por qué vías, me atrapa esa historia universal hecha de centros y periferias y pendiente siempre de lo que se dice y sucede en “Europa”? La pregunta es personal, “testimonial” diría, porque parte de una experiencia y habla de lo difícil que es tomar conciencia y desprenderse de la historia “universal” europea. Un problema personal que, sin embargo, es también institucional, porque lo que me sucede a mí le sucede a muchos historiadores, sobre todo a aquellos comprometidos con los “datos empíricos”, aferrados a la evidencia del archivo; que aunque se muestren interesados en las nuevas discusiones siguen escribiendo de forma perfectamente tradicional (Hunt 1994). Quizás sea precisamente ese apego al archivo lo que ha impedido incorporar a la historiografía los desarrollos de la sociología de los años setenta, los de la antropología de los años ochenta y los estudios culturales actuales. Esa resistencia a la teoría explica, quizás, la dificultad que tenemos los historiadores para preguntarnos por las

formas como la historia universal determina la escritura de la historia e impide un pensamiento sobre lo particular.

Pero más allá de lo que me sucede a mí y a la institución historiográfica, se trata, creo, de un problema que incluye al conjunto de la teoría social. Pues como dice J. M. Blaut en *The Colonizer's Model of the World* (1993), el *difusionismo*, esa teoría acerca de la forma como el conocimiento y los procesos culturales tienden a moverse por la superficie geográfica del mundo o, mejor, ese sistema de creencias acerca de cómo la ciencia europea se difunde en sociedades *no científicas*, sigue siendo una de las creencias más poderosas de nuestro tiempo, concernientes a la historia y a la geografía mundiales y acerca de la cual, afirmaba entonces, apenas empezamos a tomar conciencia.

Por eso, sin proponerme algo así como salir del *difusionismo*, busco solo mostrar lo difícil que es romper con los marcos de una historia universal que prefigura el lugar periférico de la historia en México. Quiero mostrar también lo fácil que es caer en el otro lado, aquel donde la particularidad pierde su vínculo con todo lo demás y se convierte en algo autónomo, encerrado en sí mismo. Y es que me parece que esta última tendencia es tan fuerte que al final terminamos repitiendo eso que Claudio Lomnitz, en *Deep Mexico. Silent Mexico* (2001), dice que nos pasa a los historiadores mexicanos, detenidos en lo que en 1908 Andrés Molina Enríquez llamó “los grandes problemas nacionales”. Compara Lomnitz: si en los Estados Unidos “la racionalidad” ha sido el fetiche de las ciencias sociales, en México, estas y especialmente la historia se han dedicado casi exclusivamente a estudiar la nación. En otras palabras, mientras los europeos y los norteamericanos teorizan e investigan cualquier tema, cualquier región o país, sin reparos, nosotros, en México —y América Latina— seguimos preguntándonos por la historia nacional, el desarrollo nacional, la identidad nacional, como si ese fuese nuestro único lugar de enunciación posible.

Lo que estoy tratando de decir es que en ese proceso de toma de conciencia quizás no haga más que descubrir que, en efecto, el intento por salir del difusionismo me obliga a guarnecerme dentro de las murallas de “lo nacional”, un relato autocontenido, ensimismado por el lugar de donde proviene, que establece una correspondencia directa entre epistemología e ideología y que, al igual que el discurso universalista, dibuja previamente el lugar periférico de la historia en México.

Esa es la discusión que quiero presentar aquí, pero antes debo aclarar una cosa más. Cuando utilizo el “nosotros” y hablo de “nosotros los historiadores”, es porque me doy cuenta de cómo, en contra de mi voluntad, sigo inscrita en cierto marco historiográfico, de que, pese a la incomodidad que ello me provoca, ese marco de referencia sigue determinando en buena medida mis posibilidades de escritura. En cambio, cuando hablo de “ellos”, es porque creo haber conseguido por un momento diferenciarme de esa historiografía y romper con algún ángulo propio del difusionismo.

LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN MÉXICO

Un marco posible desde donde escribir una historia de la historia en México es lo que se conoce como “historia nacional de la ciencia”, perspectiva que surgió en los años ochenta en oposición al difusionismo y, que, de muchas maneras, sigue determinando la práctica académica de los historiadores mexicanos que actualmente hacemos historia de la medicina y de la ciencia. Y digo “hacemos” porque, sin lugar a dudas, ese marco constituye el terreno dentro del cual me muevo, no porque lo haya escogido sobre otros, sino porque, sencillamente, las circunstancias académicas me han colocado allí. Digamos que dentro de esos marcos transcurre buena parte de mi vida institucional y la institución, no hay que olvidar, tiene la fuerza para adueñarse de las disciplinas y los problemas, y para regular qué es historia de la ciencia, qué se debe privilegiar, permitir, marginar, o excluir de esa disciplina (Cfr. LaCapra, 2006). Sin haberla escogido, pues, esa perspectiva historiográfica es el campo del cual quiero deslindarme.

La “historia nacional de la ciencia” surgió en los años ochenta como una respuesta al tipo de historia que precisamente escribieron médicos como Porfirio Parra. Juan José Saldaña, su fundador, consideraba que toda la historiografía, la escrita desde el último tercio del siglo XIX hasta ese presente, era historia eurocéntrica, esto es, una historia que asume que el conocimiento científico se origina en Europa y que después se difunde por el mundo creando civilización. Tanto los médicos del siglo XIX como los historiadores del siglo XX, decía, buscaron historiar no la práctica científica *de* Latinoamérica sino la ciencia europea *en* Latinoamérica (Saldaña 1989, 342). Y eso era precisamente lo que criticaba.

Sin que en sus argumentos tuviera mayor peso la discusión que desde los años setenta tenía lugar en América Latina⁶, Saldaña se opuso al difusionismo y, como si defendiera el lugar de la historia frente al impulso que en esos años tenían la sociología y la filosofía latinoamericanas, construyó una genealogía propia. Su punto de partida fue la crítica a George Basalla, quien, en *The Spread of Western Science* (1967), sostenía que el proceso para incorporar la ciencia en los países no europeos tenía que pasar por un modelo de tres fases: la primera, la expansión colonial de la ciencia europea; la segunda, la ciencia colonial y el desarrollo de una cultura científica externa en ciertos grupos de la élite; y, la tercera, el desarrollo de una tradición científica local independiente⁷. Esto significaba que los países que estuviesen ubicados lejos de los centros de innovación científica y tecnológica tenían que atravesar por dos grandes fases antes de desarrollar una tradición científica, es decir, una tradición que, con bases propias, dejara de imitar a Europa. Aunque se trata de un libro publicado en 1967, Basalla actualizaba, con nuevos términos, una vieja creencia arraigada aún en la conciencia histórica: la idea de que la ciencia moderna y las ideas culturales emanan de los centros científicos europeos, los cuales la trasplantan después a las periferias. Digamos que ese libro representaba para Saldaña y para muchos otros historiadores, el acontecimiento que había obligado a pensar de nuevo el sentido de la historiografía de la ciencia en México⁸.

Pero la crítica se dirigía no tanto a Basalla como a aquellos historiadores, europeos y latinoamericanos, que se aprestaron a aplicar ese modelo de conocimiento en sus respectivos países, ignorando así

6 Me refiero sobre todo a las teorías de la dependencia que se desarrollaron en Brasil en los años setenta y ochenta y también a los trabajos de Aníbal Quijano, Enrique Dussel y Jesús Martín-Barbero, todos ellos interesados en discutir las herencias coloniales en América latina. Al respecto ver, entre otros, Castro-Gómez y Grosfoguel (2007), Martín-Barbero (2010), De la Peza (2009).

7 En relación con la historiografía mexicana ver, por ejemplo, *Linneo en México* de Roberto Moreno (1989), que sigue las tres etapas de Basalla: la primera etapa científica se da en los primeros contactos de los europeos con las culturas americanas; la segunda, la ciencia colonial, se inicia a finales del siglo XVI, hasta finales del siglo XIX; y la tercera, comienza en 1787 con los primeros esfuerzos por construir una ciencia independiente.

8 Sobre la importancia de este artículo para la historiografía mexicana, véase López Beltrán (1997) y Cházaro (2008).

cualquier especificidad para la ciencia latinoamericana. Asimismo, se dirigía a los historiadores de la ciencia “internalistas”, aquellos que como Elí de Gortari estaban convencidos de que la ciencia era el resultado de las soluciones dadas a las exigencias técnicas planteadas por el desarrollo económico, y no una práctica social, histórica y cultural. “Ambas concepciones —decía Saldaña— no permiten aprehender la especificidad de la práctica científica latinoamericana y conducen, en cambio, a un mimetismo metodológico. El mimetismo es siempre una alienación. Imitar en historia es, por tanto, una pérdida de la propia identidad” (1989, 342).

En su lugar ese historiador proponía una historia nacional de la ciencia que detectara los procesos locales de producción de conocimiento y los explicara no en función de un modelo universal y eurocéntrico, sino a partir de las características de cada uno de los contextos locales. Lo que buscaba era construir, a través de los contextos específicos, una tradición científica local. Y a eso precisamente se ha dedicado desde entonces la historiografía de la ciencia mexicana, a rehacer cronologías y a “rescatar” del olvido a los protagonistas y de esta manera mostrar cómo en México existe, desde hace siglos, actividad científica propia. Claramente, decía Saldaña, el objetivo de esta historiografía ha sido mostrar cómo “la actividad científica mexicana es científica por derecho propio, y no por su relación con el centro respecto del cual es periferia” (1992). Eso lo decía en los años ochenta, pero hoy, siguiendo la tradición, se siguen publicando obras dedicadas a recopilar las contribuciones históricas de los científicos mexicanos a la edificación de la ciencia nacional, sus aportaciones, diría Elías Trabulse, “al gran edificio de la ciencia universal” (1989, 311)⁹. Bajo esa perspectiva, parecería que, como dice este historiador, no nos queda más que seguir buscando la ciencia mexicana.

Esta fue la alternativa que en los años ochenta la historiografía de la ciencia en México ofreció al difusionismo: se abocó a la tarea de construir una tradición, con protagonistas y contribuciones, y a demostrar con ello que en México la actividad científica no había sido

9 Véase también Aréchiga y Somolinos (1993), Rodríguez, Castañares y Robles (2008).

implantada enteramente desde fuera, sino que tenía orígenes en el siglo XVII y que, desde ese entonces, dicha actividad había avanzado sin mayores interrupciones hasta llegar al presente. Bajo esa perspectiva, la tradición aparecía como la condición de posibilidad de la particularidad, y la particularidad era precisamente lo que en ese momento se necesitaba para oponerse al difusionismo. Pero sobre todo, y eso es lo interesante, me parece, en esa historiografía, la ciencia constituía su cimiento más sólido, más firme y estable, pues al tiempo que proporcionaba la continuidad que la tradición debía garantizar, le daba a la convulsiva historia de México el grado de estabilidad necesario para justificar un futuro de progreso. Eso afirmaba Trabulse, el único historiador mexicano, dicho sea de paso, que compartió con Saldaña el privilegio de estar en el índice de un libro sobre teoría de la historia de la ciencia, al lado de Kuhn, Koyré y Canguilhem¹⁰. Decía así: “a la historia de la ciencia la caracteriza un ritmo sostenido y pausado ajeno a las convulsiones violentas y sonoras que constituyen buena parte del desarrollo político y social de un pueblo” (Trabulse 1989, 310). Para él, el cimiento de la historia nacional residía en la ciencia y esta era la única que podía darle al contexto local una dimensión universal. De ahí que considerara que la historia de la ciencia merecía ser valorada como “un todo sin rupturas ni soluciones de continuidad, un todo permanente que ha actuado siempre sobre el agitado fondo de nuestra historia social y política” (ibíd., 311).

Pero las cosas son distintas ahora. Visto desde la actualidad, ahora que en América Latina la teoría de la decolonialidad ha vuelto a cuestionar los procesos de colonización y las geopolíticas del conocimiento, se ve cómo esa historiografía reproduce, bajo la máscara de “lo nacional”, la vieja creencia difusionista¹¹. Porque en esa línea continua que la tradición erige, la particularidad se vuelve equiparable a lo nacional. Es más, diría que ni siquiera estoy segura de que se pueda separar la historia disciplinaria de la historia nacional, y de que la primera tenga un origen distinto al de las formaciones nacionales. Diría además que si bien es cierto que Saldaña apeló varias veces a un horizonte latino-

10 Me refiero al libro ya citado *Introducción a la teoría de la historia de las ciencias*, compilado por Saldaña.

11 Sobre la teoría de la decolonialidad, véase entre otros: Quijano (2000), Cairo y Grosfoguel (2010), Castro-Gómez, 2010.

americano, este se volvía inoperante ante las prioridades que imponía el cerco nacional. Y es que la tradición tenía como límites naturales los de la nación, un espacio supuestamente homogéneo que todos estamos obligados a rellenar: ya sea que se haga historia de la medicina, de la biología o de la psiquiatría, hay que repetir la narrativa de origen, desarrollo y consolidación del Estado-nación mexicano. Para decirlo de otra manera, en la institución historiográfica mexicana resulta fundamental relatar, no importa desde qué ángulo, la historia de cómo el Estado mexicano y sus instituciones se formaron y consolidaron¹².

El caso es que, visto desde el presente, por más indefinible que ese presente pueda ser, la historia nacional y la historia nacional de la ciencia, fusionadas, tienden estructuralmente al ensimismamiento. Su disyuntiva parece ser la siguiente: abrirse al mundo imitándolo o bien construir una tradición propia, y ninguna de las dos posturas parece ofrecer las condiciones para pensar la simultaneidad de lo local y lo global; aunque por lo general prevalece la perspectiva nacionalista y su necesidad de demarcar fronteras, territoriales y conceptuales, enviando hacia fuera, hacia sus límites externos, todo aquello que tenga que ver con la teoría, la ideología y la economía política. En otras palabras, construyendo tradiciones y recopilando evidencias, esa historiografía muestra cómo la nación se basta a sí misma¹³; a través de la “investigación factual”, término de Saldaña, se crea la ilusión de que es posible escapar a lo que Gayatri Spivak (2009) llamaría la “macrología del poder” y que refiere a la estructura de la realidad social con sus determinaciones ideológicas y geopolíticas, y sus relaciones imaginarias que sirven para que un modo de producción pueda reproducirse ampliamente. López Beltrán (1997) lo pondría de la siguiente manera:

Es, creo yo, un espejismo —una exageración complementaria a la imperante bajo la filosofía y el *ethos* positivistas— pensar que la contextualización elimina la necesidad de seguir pensando seriamente en las distorsiones y complejidades que emanan de la existencia del desbalance entre centro y periferia, entre norte y sur.

12 Cito solo dos ejemplos: Azuela y Vega (2011), Zamudio y Butanda (1999).

13 La historia nacional de la ciencia, afirma Saldaña, necesita de una metodología que sea capaz de rendir, “mediante la investigación factual, una imagen de nuestro pasado que, sin triunfalismos ni derrotismos, sea históricamente correcta” (1989, 362).

No niego que la historia nacional de la ciencia haya representado en su momento una alternativa al difusionismo, solo que ahora veo mejor en qué consiste la trampa “nacional” y cómo el ensimismamiento termina borrando la dimensión política y mundial del conocimiento. Por eso creo que en cierto punto esa historiografía, aun en su pelea contra el difusionismo, repite las grandes líneas del modelo de Basalla: primero ubica el origen de la tradición en el siglo XVII cuando la ciencia europea llegó a México, y después muestra cómo, en los finales del siglo XVIII, con el pensamiento criollo y, después, en los comienzos del siglo XIX, con la independencia de España, empezó a desarrollarse en México una tradición científica local, autónoma que es “científica por derecho propio, y no por su relación con el centro respecto del cual es periferia”.

Al final, resulta que el modelo de Basalla y la historia nacional de la ciencia no se distinguen y, así, la segunda aparece como la variación “nacional” de un modelo maestro que bien puede llamarse la “historia de Europa” (Chakrabarty, 1999). Me parece ahora que las historias de la ciencia que se escriben en México tienen como fondo la negación del lugar de la falta —de creatividad, de inventiva y de racionalidad— que el discurso difusionista impone, y ello para hacer creer que la particularidad nacional depende únicamente de su propio contexto.

Como sea, la pregunta sigue en pie: ¿cómo salir de la disyuntiva difusionismo-nacionalismo? ¿Cómo escapar a esa teoría-creencia-mapa-modelo que ha delineado nuestras visiones de la ciencia y de la historia, tanto de europeos como de no europeos? O para usar los términos de Santiago Castro-Gómez: ¿cómo pensar en y desde unas circunstancias locales concretas, sin tener que escoger entre caer en los brazos del universalismo abstracto de los filósofos o en los brazos del autoctonismo latinoamericanista? (2012). En esa búsqueda de la particularidad ¿cómo no caer en la idea de cierta antropología, cierta filosofía y cierta historiografía mexicanas, de que existen orígenes e identidades culturales anteriores a las relaciones históricas de poder que las constituyen?

Esta pregunta que sigue siendo la de cualquier teoría social latinoamericana, me conduce, como una primera respuesta, al deseo de desarmar la estructura temporal del discurso histórico y poner en duda no solo la línea continua de la tradición, sino la continuidad

misma, es decir, el valor de ese meta-relato que es la historia europea y universal. Y es que, considero, hacerlo me serviría para entender que la universalidad no es más que un particular que ha ocupado el lugar de lo universal. Pero el problema que me detiene se relaciona con una interrogante acerca de cómo quebrar una estructura que constituye mi propio tiempo, es decir, ¿cómo salir de ese tiempo que en buena medida es el mío para poder mirar esa estructura con suficiente perspectiva? Por eso, solo puedo, por lo pronto, detectar los momentos en que siento los efectos que el difusionismo produce en mi práctica histórica, aquellos que me hacen ver las formas que adopta el apego que ese modelo-mapa tiene por cierta estructura del tiempo, y los momentos que hacen que me dé cuenta de las veces en que escribo como si Europa constituyera la plataforma del saber que es pertinente a toda la humanidad y que nos permite entender nuestras propias sociedades (Chakrabarty 2008).

Percibo al menos cómo estoy atrapada en una disyuntiva epistemológica: o hago historia de la ciencia bajo el supuesto de que México constituye una pista de aterrizaje vacía, un descampado listo para llenarse con contenidos científicos europeos, o bien escribo bajo el influjo de un choque entre las ideas modernas importadas de Europa y una supuesta herencia tradicionalista local. Es decir, o me coloco del lado del difusionismo o caigo en los brazos del autoctonismo. Y el problema es que si me decido por este último, a la manera de la historia nacional de la ciencia, empiezo a sentir en carne propia los estragos del encierro, de estar atrapada en los límites de eso que Molina Enríquez llamó *los grandes problemas nacionales*. Pero tampoco veo por qué haya que abandonar el interior, el mundo micrológico de la nación y de la vida cotidiana, para lanzarse más allá de las fronteras; quizá sea mejor empezar por desbaratar dichas fronteras y mirar hacia afuera a través de los agujeros que, con todo su peso epistemológico, perforan la idea de nación.

Por lo menos todo esto me ha obligado a plantearme otro tipo de cuestiones. Pues ahora que el difusionismo aparece como un producto histórico, tengo que preguntarme, por ejemplo, ¿cómo es que la historia fue admitida en cierto sistema de creencias?, ¿cuáles fueron las formas con las que los médicos relocalizaron ese saber?, ¿cuáles los intereses que los condicionaron? Tengo que saber también

qué operaciones llevaron a cabo esos médicos para que sus intereses clínicos pasaran a ser equivalentes a los de las élites europeas, qué fue lo que hicieron y dijeron para hacer de la historia europea la historia universal, y, sobre todo, qué pasó para que esos intereses se convirtieran después en valores que pertenecen a todos los mexicanos. En otras palabras, ese puñado de documentos sobre la historia me sirve ahora para entender cómo es que el capitalismo se hizo “experiencia” en México, cómo es que, palabras de Castro-Gómez, la modernidad se inscribió molecularmente, localmente, no sociológicamente, sino históricamente. Y sobre todo, si como dice Blaut, el difusionismo es el modelo colonizador del mundo, lo más importante es preguntarme ¿cómo es que nosotros los historiadores hemos contribuido, desde dentro, a esas complicidades con la dominación? De seguro, no se puede dar cuenta de ello sin antes poner en cuestión mi propia escritura de la historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aréchiga, Hugo y Juan Somolinos, comps. 1993. *Contribuciones mexicanas al conocimiento médico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Azuela Bernal, Luz Fernanda y Rodrigo Vega y Ortega, coords. 2011. *La geografía y las ciencias naturales en el siglo XIX mexicano*. México: UNAM.
- Basalla, George. 1967. “The Spread of Western Science: A Three Stage Model Describes the Introduction of Modern Science into any non-European Nation”, *Science* 156 (3775): 611-622.
- Beizer, Janet. 1994. *Ventriloquized Bodies: Narratives of Hysteria in Nineteenth-Century France*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- Blaut, James Morris. 1993. *The Colonizer's Model of the World. Geographical Diffusionism and Eurocentric History*. Nueva York/Londres: The Guilford Press.
- Cairo, Heriberto y Ramón Grosfoguel, eds. 2010. *Descolonizar la modernidad, descolonizar Europa. Un diálogo Europa-América Latina*. Madrid: Iepala.
- Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel. 2007. *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo de Hombre.
- Castro-Gómez, Santiago. 2010. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Castro-Gómez, Santiago. 2012. “Los avatares de la crítica poscolonial”. *Tabula Rasa* 16: 213-230.
- Chakrabarty, Dipesh. 1999. “La poscolonialidad y el artilugio de la Historia: ¿Quién habla en nombre de los pasados indios?”. En *Pasados Poscoloniales*. Coordinado por Saurabh Dube. México: El Colegio de México.
- Chakrabarty, Dipesh. 2008. *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets.
- Charcot, Jean-Martin. 1888. *Leçons du mardi a la Salpêtrière. Polyclinique 1887-1888*. Paris: Progrès médical/Delahaye & Lecrosnier.
- Chauvelot, Diane. 2001. *Historia de la histeria. Sexo y violencia en lo inconsciente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cházaro, Laura. 2008. “La soledad ‘local’ y el cosmopolitismo nacional. La fisiología respiratoria de americanos y europeos en el contexto colonial, siglo XIX”. En *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, editado por Frida Gorbach y Carlos López Beltrán. México: El Colegio de Michoacán.
- De la Peza, Carmen. 2009. “Los estudios de comunicación/cultura y su potencialidad crítica y política”, *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, Colombia.
- De la Peza, Carmen. 2011. “Los estudios de comunicación/cultura y su potencialidad crítica y política”. En *Investigar la comunicación en el México de hoy*, coordinado por Inés Cornejo y Manuel Guerrero, 21-55. México: Universidad Iberoamericana.
- Didi-Huberman, Georges. 1982. *Invention de l'hystérie. Charcot et l'iconographie photographique de la Salpêtrière*. Paris: Macula.
- Esquirol, J. E. D. 1838. *Des maladies mentales considérées sous les rapports médical, hygiénique et médico-legal*. 2 vols. Paris: Bailliére.
- Gilman, Sander, Helen King, Roy Porter, George Sebastian Rousseau, Elaine Showalter. 1993. *Hysteria beyond Freud*. Berkeley: University of California Press.
- Gorbach, Frida. 2005. “From the Uterus to the Brain: Images of Hysteria in Nineteenth-Century Mexico”, *Feminist Review* 79: 83-99.
- Gorbach, Frida. 2007. “Hysteria and History: a Meditation on Mexico”. *Social Text* 72: 85-101.
- Gorbach, Frida. 2008. “Los caprichos de la histeria: cuadros para una identidad”. *Historia y Grafía* 31: 77-102.

- Hunt, Lynn. 1994. "History beyond Social Theory". En *The States of Theory*, editado por David Carroll. Stanford: Stanford University Press.
- LaCapra, Dominick. 2006. *Historia en tránsito. Experiencia, identidad teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lomas, David. 2000. *The haunted Self. Surrealism, Psychoanalysis, Subjectivity*. New Haven-Londres: Yale University Press.
- Lomnitz, Claudio. 2001. *Deep Mexico. Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*. Minneapolis/London: University of Minnesota Press.
- López Beltrán, Carlos. 1997. "Ciencia en los márgenes: una reconsideración de la asimetría centro-periferia". En *Ciencia en los márgenes. Ensayos de las historias de las ciencias en México*, editado por Mechthild Rutsch y Carlos Serrano. México: UNAM.
- López Sánchez, Oliva. 1998. *Enfermas, mentirosas y temperamentales. La concepción médica del cuerpo femenino durante la segunda mitad del siglo XIX*. México: Plaza y Valdés.
- Mancilla Villa, Martha Lilia. 2001. *Locura y mujer durante el porfiriato*. México: Círculo Psicoanalítico Mexicano.
- Martín-Barbero, Jesús. 2010. "Notas para hacer memoria de la investigación cultural en Latinoamérica". En *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*, editado por Nelly Richard. Santiago de Chile: Clacso.
- Matlock, Jann. 1993. *Scenes of Seduction: Prostitution, Hysteria and Reading Difference in the Nineteenth-Century France*. Columbia: Columbia University Press.
- Mitchell, Juliet. 2000. *Mad, Men and Medusas. Reclaiming Hysteria*. Nueva York: Basic Books.
- Moreno, Roberto. 1989. *Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual, 1788-1798*. México: UNAM.
- Parra, Porfirio. 1886. Prólogo a *Historia de la medicina en México* de Francisco A. Flores. Vol. I. México: Secretaría de Fomento.
- Pinel, Philippe. 1800. *Traité médico-philosophique sur l'alienation mentale ou la manie*. Paris: Caille et Ravier.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En *La colonialidad del poder. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Compilado por Edgardo Lander. Buenos Aires: Clacso.

- Rodríguez de Romo, Ana Cecilia; Gabriela Castañares y Rita Robles. 2008, eds. *Protagonistas de la medicina científica mexicana. 1800-2006*. México: Facultad de Medicina, UNAM/Plaza y Valdés.
- Sacristán, María Cristina. 1998. “¿Quién me metió en el manicomio? El internamiento de enfermos mentales en México, siglos XIX y XX”, *Relaciones* 19: 214-220
- Sacristán, María Cristina, coord. 2001. México: *Secuencia* 51, Revista del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- Saldaña, Juan José. 1989. “Marcos conceptuales de la historia de las ciencias en Latinoamérica: positivismo y economicismo”. En *Introducción a la teoría de la historia de las ciencias*. Compilado por Juan José Saldaña. México: UNAM.
- Saldaña, Juan José. 1992. “Acerca de la historia de la ciencia nacional”. En *Los orígenes de la ciencia nacional*, editado por Marcos Cueto y Juan José Saldaña. México: Cuadernos Quipu/UNAM.
- Scull, Andrew. 2009. *Hysteria. The Biography*. Oxford: Oxford University Press.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. 2009. *¿Pueden hablar los subalternos?* Traducido y editado por Manuel Asensi. Barcelona: Macba.
- Trabulse, Elías. 1989. “En búsqueda de la ciencia mexicana”. En *Introducción a la teoría de la historia de las ciencias*. Compilado por Juan José Saldaña. México: UNAM.
- Veith, Ilza. 1965. *Hysteria. The History of a Disease*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Zamudio, Graciela y Armando Butanda. 1999. “Humboldt y la botánica americana”. *Ciencias* 55-56: 36-43.